

# Busquemos a Hortencia

Felipe Quilini



Image not found.

# Capítulo 1

## ¿Busquemos a Hortencia?

*Para Hortencia y para Noelia,  
felizmente parecidas.*

La tarde en que nos encontramos en el descampado fue singular, por decir lo menos. Yo no conocía a nadie. Alguna vez, no sé cuándo, me perdí de mis tierras y aparecí aquí. El viaje, sin embargo, lo recuerdo muy bien: fue largo, quizá demasiado para mí, porque en aquel momento yo no entendía nada, y porque además, venía saliendo de una enfermedad. Estaba cansado, es cierto, pero yo avancé y viajé y conocí lugares muy lindos nada más cruzar la Cordillera. En algunas ocasiones sentía frío, no mucho, pero lo sentía, y en otras, mucho calor, como si me hubiesen encerrado dentro de un horno o como si la fiebre se hubiese apoderado de mí. En cualquier caso, logré cruzar la Cordillera y logré atravesar por las ciudades más lindas que yo recuerde de este país, hasta que el viento me trajo hasta aquí. ¡Y aquí me quedé! Y en el descampado del pueblo me encontré con ella, que tenía unos ojos enormes y unos dientes muy lindos que se asomaban cada vez que abría la boca o se reía. Yo, como de costumbre, deambulaba por el pueblo casi por inercia; caminaba mucho, de un lado a otro. Hasta que llegué al descampado y la vi tumbada sobre el pasto, junto a la orilla del río. La vi de lejos, desde una especie de callejón donde la calle se desvanece de golpe y cambia de pavimento a tierra. La vi tumbada sobre el pasto mirando algunos girones de nubes grises y me acerqué despacio, tratando de no asustarla o de no asustarme a mí, que conocía a muy pocos como yo, a nadie, en realidad. Y entonces ella giró su cuello y se encontró conmigo, viéndola con fijeza, me vio mirándola y los ojos le brillaron como el sol de la madrugada o como el refilón del reflejo de la luna sobre el río, y yo en principio no supe muy bien que decirle, en parte porque estaba muy lejos y no quería forzar la garganta, y también porque era una desconocida, así que decidí, más por instinto que por voluntad, que lo mejor era sentarme sobre una roca, en el mismo sitio, y aparentar como que no me interesaba, o fingir que comería algo o que simplemente había llegado allí por los azares del destino. Fingía mirar el piso con un interés desmesurado cuando de reojo la vi acercándose a mí. A medida que lo hacía, su cuerpo se hacía más pequeño y más menudo, pero sus ojos, por el contrario, se agrandaban como la luna en abril o como la voluntad de un perro famélico. Me puse nervioso, y por un momento quise salir corriendo a toda velocidad, como hacía cada vez que algo me asustaba o me daba mala espina, o simplemente cuando quería o necesitaba estirar las extremidades que a veces se tullían con los fríos matutinos. ¡Pero ella fue más rápida que yo! ¡Siempre era más rápida que yo! Y apenas me puse de pie ya la tenía

junto a mí, con el viento en la cara dándome en la nariz y en la frente y en los bigotes, y con sus ojos enormes y misteriosos clavados en los míos. Tenía la lengua más rasposa que de costumbre y a duras penas tragaba saliva, con los nervios de punta y sudando los líquidos que no había expelido durante el último tiempo. ¡Pensé que iba a desmayarme!  
¡Algunos colegas se habían desmayado con menos! Pero aguanté ahí, silencioso, todavía no encuentro la respuesta, pero aguanté y escuché su nombre: Noelia, dijo, y en ese momento me pareció un nombre apropiado para ella. Quiero decir; su rostro y su semblante y hasta su cuerpo tenían aspecto de Noelia. Y yo le dije: Noelia, tienes todas las pintas de ser una Noelia, eso le dije, ni más ni menos, y ella me miró y se sonrió, y yo creo que le parecí un idiota, otro más de tantos otros, pero no me lo dijo. Y sin quitarle los ojos de encima, sonreí, pero fue una sonrisa torpe, no fue una sonrisa linda, sino todo lo contrario, pero sin dejar de ser honesta. Siempre que sonrío, es honestamente. Y Noelia se puso junto a mí, se sentó junto a mí o se tumbó junto a mí y me habló del pueblo, de todos los escondites y de todos los callejones y también de todos los lugares donde ir a comer, y yo ponía atención y me reía, o me reía mientras me distraía con sus dientes que se asomaban como luciérnagas cada vez que abría la boca. También asentía con la cabeza y sonreía, ¿qué otra cosa podía hacer más que sonreír? Ella, inmediatamente, supo que no era del pueblo. Y creo que también supo, sin que yo dijera palabra alguna, que ni siquiera había vivido en el campo. Pero eso no le importó, o lo fingió, y se quedó conmigo un rato considerable, mirando el río o mirando los alrededores o quizá a las aves que volaban peligrosamente cerca nuestro a baja altura. Y tras de eso, de observar y de pensar, me contó que buscaba a alguien, y que ese alguien era muy huidizo. Cuando lo dijo, noté que su cara se hacía infinita. ¿A quién buscas?, le pregunté. A Hortencia, dijo ella, mi abuela. Y yo pensé en Hortencia: la imaginé pequeña y luminosa y con unos ojos igual de grandes que los de Noelia, con una sonrisa inhabitual y de una dulzura que yo conocía a medias, o que simplemente nunca había conocido. ¡De una dulzura inconmensurable! Entonces miré a Noelia, y vi que sus cejas se marchitaban como las flores del jardín en mi antigua casa, jardín que ya no era mío, y entonces le ofrecí mi ayuda, le dije que podía contar conmigo para encontrar a Hortencia, que dos siempre son mejor que uno, que los caminos nunca resultan ser tan largos y que además el pueblo era pequeño. Y que yo, aunque no era nativo del lugar, había aprendido a moverme durante años entre las grandes ciudades y a través de grandes extensiones de tierra. Y Noelia me miró, o miró algo tras de mí, y dijo gracias, y luego dijo acompáñame, y yo la acompañé, por el camino de tierra que se transfiguraba en pavimento, y que metros más allá le florecían bordillos mal pintados, hasta que llegamos a una intersección que no conocía ni el viento, donde no había nada, salvo un par de perros hurgueteando en los basureros de la bencinera. ¡Y seguimos caminando!, hasta llegar a la plaza principal donde la cúspide de la única iglesia del pueblo parecía rasgar el cielo. El crepúsculo comenzaba a llegar y Hortencia no aparecía. Noelia miraba el cielo cada cierto tiempo, buscando

a su abuela o buscando explicaciones de cosas que no comprendía. Yo permanecí en silencio, escrutando los alrededores en busca de perros o de personas que quisieran espantarnos de la banqueta, pero no había nadie, todo estaba desierto. Y cuando cayó la noche, Noelia se sacudió y me pidió acompañarla hasta la antigua estación de trenes. Yo la miré y le dije claro, no hay problema, y caminé junto a ella durante unos minutos, y a medida que avanzábamos nos encontrábamos con colegas que nos saludaban y que caminaban en nuestra dirección, con rostros de felicidad y también de esperanza, o puede que ambas expresiones se fusionaban en una sola, en esos rostros y en esos ojos que brillaban como los nuestros. ¡Hasta que vimos la estación de trenes a lo lejos! Y allí había una multitud considerable, todos distintos unos de otros; quiero decir: todos de distintas facciones y tamaños e incluso, algunos cuyas lamentables presencias eran impropias para el lugar, incluso ellos estaban sentados pacientemente, esperando el gran momento, el aclamado momento, murmuraban algunos, ¿pero cuál momento?, no tardé mucho en saberlo. Cuando al fin nos abrimos paso entre la multitud silenciosa como la noche, la vimos, o la vi yo, vi a Hortencia sobre el techo de la estación de trenes, gallarda, resistiendo al frío y al viento y a la multitud que la observaba distinta, multitud que contemplaba su rostro mayor atestado de fuerza y de ganas. Noelia se sonrió y me dijo, con un hilo de voz que casi no oí, que era su abuela. ¡Era su abuela! Y yo me puse muy feliz, y tras dos o tres saltos llegamos a la cubierta de la estación, y pude comprobar, con incredulidad, que Hortencia era increíblemente luminosa, tanto como en mis alucinaciones, y también era muy dulce. Y tras un breve cruce de palabras o de ideas, supe que era la única en el pueblo que sabía leer, y que algunas veces, cuando su familia se descuidaba, se escapaba de casa para recitar poemas en callejones y descampados o donde se le diera la gana. Tú eres de ciudad, me dijo Hortencia, mientras se preparaba para recitar. Es cierto, le dije, soy de ciudad, y todo me cuesta el doble aquí. Y tras unas pequeñas sonrisas huidizas entre Hortencia y Noelia, me avergoncé, y luego sonreí para no parecer un idiota, hasta que Hortencia se me acercó y me dijo al oído: yo sé que tú también sabes leer. Asentí con la cabeza tímidamente, ella se sonrió y se instaló en el extremo de la cumbrera, y tras unos segundos comenzó a leer para la multitud. Noelia me miró y con un movimiento de su cabeza me invitó a asomarnos junto a la compañía de su abuela, y cuando me vi sostenido en el extremo de la cubierta, pude contemplar a todos los gatos del pueblo que no paraban de prestarle atención a Hortencia que se veía feliz, casi tanto como Noelia que no paraba de ronronear y de mover sus orejas y de cerrar los ojos con intermitencia.

Es cierto, esa noche yo era el único gato de ciudad, y todo me costaba el doble: comer, beber, incluso moverme por los tejados más endeble del pueblo, pero ya me había blindado, quizá por el rostro o por la dulzura de Hortencia, que ya no era la única gata en el pueblo que sabía leer. Por supuesto, ya nada me daba miedo: ni los perros ni los humanos ni estar lejos de casa, de mi ciudad, de sus alcantarillas y de sus callejones

oscuros que piden silenciosamente algo de vida, inada!